



ekinaren ekinaz

39 zbk.
1€

**aurrez ikusita
ez bazaude
komunikabideek
zapaltzailea
maite izatea
eta zapaldutakoa
gorrotatzea
eragingo dizuete**

WEB ORRIAK

FAI:

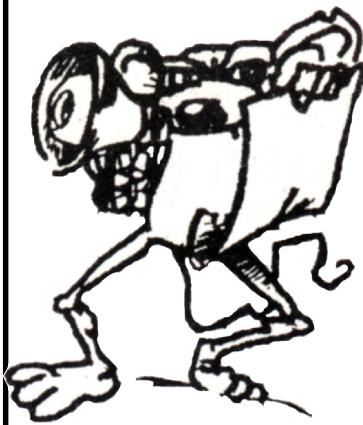
www.nodo50.org/fai-ifa

TIERRA Y LIBERTAD

www.nodo50.org/tierraylibertad

IAF - IFA:

www.iaf-ifa.org



**ekin ren
ekin z**

LEGE GORDAILUA: BI-335/98

Gurekin kontaktatu nahi
baduzu idatzi

helbide honetara:

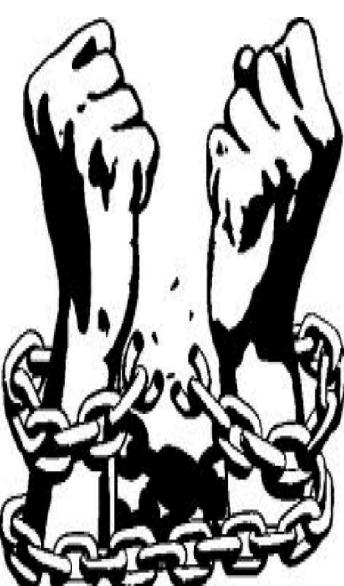
Si quieras contactar con
nosotr@s escribe
a esta dirección:

43 p.k.

48970 Basauri

(Bizkaia)

E-mail:



**ekin ren
ekin z**

prentsa anarkista eta anarkosindikalista

ekinaren ekinaz

<http://ekinarenekinaz.wordpress.com>

Tierra y Libertad

www.nodo50.org/tierraylibertad

CNT

www.cnt.es-cnt

Solidaridad Obrera

www.cnt.es-solidaridadobrera

El libertario (Venezuela)

www.nodo50.org/ellibertario

Periódico anarquista Humanidad (Peru)

www.periodicohumanidad.wordpress.com

El surco (Chile)

www.srhostil.org/elsurco

Organise! (en inglés)

www.afed.org.uk

Resistance (en inglés)

www.afed.org.uk

Le Monde Libertaire (en francés)

www.mondelibertaire.fr

Unita Nova (en italiano)

www.unitanova.org



Anarkismo.net

www.anarkismo.net

La haine

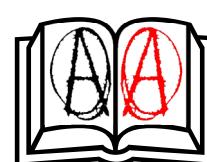
www.lahaine.org

Kaos en la red

www.kaosenlared.net

A las barricadas

www.alasbarricadas.org



albistea



BEGIRA EZAZU MUNDUA BESTE BEGI BATZUEKIN

**IRAKURRI ETA EDATU
PRENTSA LIBERTARIA**

liburutegiak - liburuak

Fundación Anselmo Lorenzo

www.fal.cnt.es

La Antorcha

www.laantorcha.net

Kolectivo Conciencia Libertaria

www.kclibertaria.comyrm

toki interesgarriak

Acracia

www.acracia.org

Liberación Animal

www.nodo50.org/liberacionanimal

Frente de Liberación Animal

www.frentedeliberacionanimal.com

Cruz Negra Anarquista - Araba

www.luchatutambien.blogspot.com

Anarquismo en Egipto: Una entrevista desde la plaza Tahrir

A comienzos de este año conocí a Hassan Aazab mientras tomaba té en una mesa junto a jóvenes anarquistas en el centro de Cairo. Recién pasado el aniversario de la revolución junto a protestas masivas y el surgimiento de un “Black bloc” al estilo occidental que poco parecía tener que ver con los anarquistas de la ciudad. Durante ese periodo la mayor parte de los movimientos de base eran en contra de la violencia sexual – en particular los asaltos sexuales de turbas las cuales se habían tornado en sinónimo de cualquier gran concentración de personas en Tahrir. El trauma de tal acción en contra de los opositores se hizo aparente en nuestra conversación. De hecho, Aazab me dijo que estaba harto de las protestas y la política, y que se resignaba a la disfuncionalidad del día a día en Egipto.

Luego vino el 30 de junio. Multitudes de supuestamente hasta 33 millones tomaron las calles reclamando la renuncia al poder de la Hermandad Musulmana, un año después de que Morsi tomara posesión. En los momentos anteriores a la madrugada del 1 de julio, y mientras la batería de su móvil menguaba continuamente, volví a contactar con él para hablar un poco sobre su regreso a la resistencia.



¿Cuál es el sentir en Cairo ahora mismo? Aquí estamos viendo reportes sobre las protestas más grandes en la historia de la humanidad.

Hoy hemos trabajado muy fuerte para llevar a cabo estas protestas sin violencia. Todo el mundo teme a que se desate una guerra civil. Los opositores le dieron a Morsi 48 horas para renunciar. De pasarse del límite habrá una huelga general. En las últimas horas 10 personas han muerto – cuatro en Assiat y seis frente a las oficinas centrales de la Hermandad Musulmana. El sol está saliendo ahora mismo. Todos los viejos revolucionarios están preparándose para los enfrentamientos en las calles.

Escuché que las oficinas centrales de la Hermandad Musulmana han sido quemadas. ¿Es cierto?

Sí y sigue cercado por opositores ahora mismo.

¿Quién llamó a la Huelga General? ¿Hay alguna unión particular envuelta?

No. Las uniones son totalmente inefectivas.

¿Cómo se organizó la huelga?

Tamarod [el Movimiento Opositor] llamó a la huelga general. De hecho, no se ha organizado de antemano; se ha desarrollado espontáneamente. Funcionará a través de las esperanzas y el apoyo de la gente.

¿Crees que la gente lo siga?

En el puerto Said comenzará la huelga general mañana. Más allá de eso, no tengo ni idea si la gente lo seguirá. Pero está claro que la gente está determinada en sacar a Morsi.

Cuando nos encontramos en Febrero parecías estar bastante hastiado, como si hubieses perdido la fe en la resis-

tencia.

Todavía me siento así, más o menos. Pero cuando la gente en gran número llenan las plazas, ese sentimiento se disuelve. Estoy increíblemente feliz.

¿Cómo se están organizando los anarquistas dentro de este momento particular? Tengo el presentimiento que algunos de ustedes están envueltos en el Tamarod pero, están jugando algún rol en particular?

No, los anarquistas no firmaron la declaración de Tamarod. Decidimos unirnos a las protestas pues era obvio que el movimiento conectaba a millones de egipcios. Ayer los opositores estaban en contra de la idea de un dictador islámico pero, al mismo tiempo, muchos de ellos están bien con un dictador civil o militar. ¡Al carajo cualquier dictador! Nunca olvidaremos. Nunca perdonaremos.

¿Ahora mismo tienen una caseta los anarquistas en Tahrir?

Sí. De hecho, tenemos cuatro casetas.

¿Están haciendo algo particular con estos espacios?

Ahora mismo estamos trabajando para asegurarnos que los que apoyan el antiguo régimen no aplasten la ocupación.

¿Están parándolos físicamente? ¿Hay felool [personas nostálgicas con el antiguo régimen] en la plaza?

Muchos de ellos.

¿Están atacando a los opositores o sólo tratando de infiltrar el movimiento?

Están tratando de convencer a la gente para que dejen al SCAF [Consejo Militar Egipcio] tomar el poder nuevamente.

Ahora mismo hay revueltas en Turquía, Brasil, Bulgaria y Chile. Hay indicios de que se está expandiendo hacia Indonesia y Paraguay también, y por supuesto está la lucha continua de Bahrein. Egipto ha sido una gran inspiración para muchos de estos movimientos. Cuando quitaron a Mubarak ya había ocurrido en Túnez pero no mucho más. ¿Le parece diferente esta vez? ¿Se sienten parte de algo global?

Es diferente por supuesto. Ahora, el miedo proviene de la posibilidad de una guerra civil. Mubarak era mierda pero nunca jugó con la carta de una guerra civil. Morsi es tan estúpido que no se da cuenta que podríamos terminar matándonos los unos a los otros en las calles. Están pasando cosas que nunca habían ocurrido como, por ejemplo, personas atacando e insultando a gente con barba en las calles.

Siento que la generación joven de todo el mundo es poderosamente revolucionaria y ahora tenemos la posibilidad de compartir herramientas y transmitir ideas.

¿De qué tienes esperanzas ahora mismo?

Espero que las personas hayan aprendido de lo que hizo la Hermandad y espero que sea el comienzo del fin para el Islam político y cualquier tipo de partido religioso.

¿Cómo pueden hacer las personas aquí [Estados Unidos] para apoyarles a ustedes?

Divulgando la idea de que Obama y el gobierno estadounidense están apoyando activamente la formación de Estados religiosos en el medio oriente. El embajador de los Estados Unidos dijo que los egipcios deberían aprender el significado de democracia. ¿Quién narices es él para decir eso?

Joshua Stephens
2 de julio de 2012

Joshua Stephens es un miembro de la junta del Instituto de Estudios Anarquistas y ha estado activo en movimientos anticapitalistas y de solidaridad internacional a través de las últimas décadas. Ha pasado gran parte de los últimos dos años cubriendo movimientos sociales desde Nueva York hasta Atenas, Cairo, Palestina y México para *Truthout*, *AlterNet*, *NOW Lebanon*, *Jadalyya*, entre otros. Es el autor de *Self and Determination: An Inward Look at Collective Liberation*(2003, Ak Press).

Jorell Meléndez tradujo esta pieza de forma rápida para difundirla masivamente. Pide disculpas por cualquier error léxico y de sintaxis.

El artículo original se publicó en:<http://wagingnonviolence.org/2013/07/anarchy-in-egypt-an-interview-from-tahrir-square/>



La prensa anarquista renace en Cuba tras 52 años de silencio

Desde siempre existe una tradición libertaria en el Caribe. Las ideas ácratas siempre han impregnado al pueblo cubano, siendo una expresión revolucionaria que nació muy temprano, en las primeras luchas contra la esclavitud y la independencia en el siglo XIX. El movimiento libertario tiene bastante más de cien años en Cuba, sin embargo, ha sido excluido de la historia oficial por historiadores y editores a sueldo del Partido Comunista de Cuba. En 1960, varias organizaciones anarquistas que lucharon en la clandestinidad o en la guerrilla junto a Castro fueron prohibidas. En esos años, los libertarios fueron asesinados, encarcelados o forzados al exilio.

Hemos comentado reiteradamente en nuestro periódico *Cuba Libertaria* y el blog *Polémica Cubana* (en francés) el renacimiento en los últimos años del movimiento libertario en Cuba. Después de la creación, hace algunos años, de la Red Observatorio Crítico y, más recientemente, del Taller Libertario Alfredo López en La Habana, nuestros compas libertarios vienen luchando para revivir el anarquismo. Este grupo de jóvenes activistas investigan la realidad cubana, la historia del movimiento anarquista y sus ideas. A pesar de la represión y la censura para hablar por los medios de comunicación en manos del régimen, ya que cualquier punto de vista libertario es juzgado contrarrevolucionario de las autoridades, los libertarios salen poco a poco de la clandestinidad.

La Revolución creó una gran frustración y decepción, sobre todo entre las generaciones más jóvenes. Un profundo deseo de libertad, de dignidad, de hablar y de actuar existe en Cuba. Se deben reinventar los vínculos sociales a fin de contribuir a una "revolución dentro de la revolución" y de luchar contra el autoritarismo, la burocracia y la corrupción generalizada.

Damos la bienvenida hoy, a pesar de la censura y la represión, al renacer de una prensa anarquista clandestina en Cuba, cuando nuestros jóvenes compas de La Habana acaban de publicar los dos primeros números de *¡Tierra Nueva!* después de más de 52 años de silencio. Cabe recordar que a finales de 1960 se prohibieron todas las publicaciones libertarias.

Para dar voz a los valientes editores del periódico, reproducimos la nota editorial del número 1:

«*¡Tierra Nueva!* porque nos sentimos herederos del grupo libertario que redactó durante 22 años el semanario *¡Tierra!*, A principios del siglo pasado.

Esta publicación nace para contribuir a conectar con individuos y colectivos que viven en la cotidianidad relaciones



libres, placenteras, solidarias...que forman parte de un espíritu anarquista salvaje y espontáneo.

Creemos que es posible una sociedad sin mediación, sin espectáculo, sin miseria, sin autoridad, sin leyes excepto las que elijamos, sin discriminación, sin simulación, sin opresión, sin servidumbre.

No tenemos nada contra de la utopía, nada más lejos de la verdad, pero sabemos que es mucho más utópico pensar en un futuro "estado de bienestar" que en una sociedad echada a andar por nosotros mismos en los tiempos que vienen.

Para los que crean que queremos vivir en el desorden, nos encanta el único tipo de orden que no nace de las cadenas de la servidumbre, sino de nuestra libertad realizada: el único orden que entendemos como natural y antagonista del desorden actual, impuesto por tantas autoridades.

Como aspiramos a una sociedad de individuos libres y plenamente realizados, como entendemos que los Estados garantizan la continuidad del actual régimen de explotación de estos tiempos modernos (la esclavitud salarial), no podemos hacer menos que declararnos sus enemigos. Así, **son invitadas a colaborar todas las personas interesadas, EXCEPTO aquellas que de alguna manera viven del esfuerzo del trabajo ajeno.**

Si bien las clases dominantes nos mantienen en la inacción, en la confusión, en la falta de solidaridad, en el aislamiento, a la espera de los elegidos que nos den un mejor futuro, creemos

El suicidio de Daniel Somers. Mensaje y misión final de un soldado

Lo que sigue es la versión textual, traducida al castellano por PIA, de la carta que dejó Daniel Somers, soldado yanqui veterano de la Guerra de Irak, para atestigar las razones que lo llevaron a suicidarse el pasado 10 de junio, a la edad de 30 años. Su carta, en sí misma, por su honestidad, es elocuente de muchas realidades, y es más elocuente aún si consideramos que Somers no era un soldado cualquiera. Era un hombre muy formado en la acción y en lo intelectual. Era experimentando en el combate, en los "interrogatorios" (el eufemismo occidental de torturas), en las operaciones especiales y en el análisis geopolítico. Integrante de una unidad de inteligencia, a lo largo de una década participó en por lo menos 400 misiones de combate en distintos escenarios de Irak. Se desempeñó, entre otros encuadres, al servicio del Mando Conjunto de Operaciones Especiales, y fue analista senior para el Medio Oriente. Es de suponerse que con semejante foja, debe haber sido un hombre referenciado entre sus pares, con mando real, más allá de grados y escalafones, y que su carta también será referenciada como expresión de un destino muy plausible también para ellos. Si uno de los mejores combatientes que tenían terminó así, destruido de manera tan elocuente... ¿qué quedará para los demás?

El Imperio formó a Daniel Somers en lo que él mismo llamó "instinto asesino". El Imperio lo hizo adicto a las drogas. El Imperio dictaminó, a través de su sistema médico corrupto (al que Somers también acusa), que padecía lo que ellos definen como "estrés post-traumático" (no es estrés post-traumático, sino estrés post-crímenes), aunque cabe sospecharse que esa es la definición política y es la etiqueta social que el Imperio le pone a "soldado que debe ser descartado". Somers confiesa haber participado en "crímenes contra la humanidad", "crímenes de guerra". Define reveladoramente que fue forzado a "hacer esas cosas y luego participar en encubrirlas", denunciando que "es mucho más de lo que cualquier gobierno tiene derecho a pedir".

Y por supuesto, la DEA, principal cártel del narcotráfico en el mundo, también está protagónicamente presente en el testamento de Somers, donde también explora la idea del magnicidio (¿habrá pensado en Dick Cheney o en alguno de sus "amigos corporativos"?), idea que termina descartando porque la ideología del sistema, presente en Somers, termina inhibiéndolo, y porque toma conciencia -confiesa- de que ya está acabado mental y físicamente.

Además, en el testamento de su "misión final" (su propio suicidio), justifica totalmente el derecho a la rebelión, al dar la razón a la furia de aquellos a quienes él hizo daño.

Daniel Somers fue usado y descartado por el Imperio. Es lo que el Imperio hace con todo. La comprobación de esta realidad destruyó su egocentrismo de combatiente y lo dejó desnudo frente al hecho de que sólo fue un instrumento -monstruoso- del sistema que ahora lo abandona. Su honestidad cruda, brutal como él, su carta y su suicidio como medio para proyectar su mensaje, brindan un servicio útil a la humanidad: dejar en evidencia el carácter intrínsecamente genocida del Imperialismo, asesino en el origen, dejando al descubierto sus métodos perversos. Como el mismo Daniel afirma: sí, es cierto, el mundo estará mejor sin Daniel Somers. Nosotros decimos, además, que el mundo estará mejor sin el Imperio, sin ese

reino del Mal que siembra dolor, desolación y muerte entre los seres humanos.

A continuación, reproducimos la carta dejada completa dejada por Daniel Somers, publicada en inglés originalmente, con permiso de su esposa y familia:

Lamento haber tenido que llegar a esto.

Pero el hecho es que, desde que puedo recordar, la motivación para levantarme cada día era que ustedes no tuvieran que enterrarme. Dado que las cosas sólo han empeorado, se hizo evidente que esto no es una razón suficiente para seguir adelante. De hecho, no estoy mejorando y no voy a mejorar. Y lo más probable es que me siga deteriorando a medida que el tiempo pase. Desde un punto de vista lógico, lo mejor es simplemente terminar con las cosas de una vez, rápidamente, afrontar las repercusiones de esta decisión, antes de esperar y ver qué puede ocurrir en el largo plazo.

Tal vez estén tristes durante un tiempo, pero lo irán olvidando y podrán seguir adelante. Esto será mucho mejor que seguir transmitiéndoles mis miserias durante años y décadas, arrastrándolos conmigo. Los amo. Por eso no puedo hacerles esto. Verán que esto es mucho mejor, que no tendrán que estar día tras día preocupándose por mí o incluso podrán olvidarme. Podrán darse cuenta que su mundo es mejor sin mí.

Durante más de una década, realmente intenté resistir. Cada día ha sido un testamento para quienes me importan, sufriendo un horror inimaginable del modo más silencioso posible, para que puedan pensar que aún estaba ahí para ustedes. En realidad, yo ya no era más que parte del decorado, ocupando un espacio para que mi ausencia no se notara. La verdad es que he estado ausente desde mucho tiempo atrás.

Mi cuerpo no es otra cosa que una jaula, una fuente de sufrimiento y de problemas permanentes. Mi enfermedad me ha causado dolores que ni la medicina más poderosa pudo mejorar. No hay cura para ello. Todos los días, cada día gritaba agonizando desde cada nervio de mi cuerpo. No es otra cosa que una tortura. Mi mente es un terreno baldío, repleto de visiones de un horror increíble, de una depresión que no cesa, y de una ansiedad paralizante, pese a todos los medicamentos que los médicos se atrevieron a darme.

Cosas simples, que para cualquiera son cuestiones comunes, se vuelven prácticamente imposibles para mí. No puedo reír ni llorar. Apenas puedo dejar la casa. No encuentro placer en ninguna actividad. Todo se resume simplemente en dejar pasar el tiempo hasta que pueda dormir nuevamente. El sueño eterno parece ser la cosa más misericordiosa.

No deben culparse. Esta es la simple verdad: durante mi primer envío al frente de batalla, debí participar en ciertas cosas, la mayoría de las cuales son muy difíciles de describir. Crímenes de guerra, crímenes contra la humanidad. Pese a que no participé de forma voluntaria, y pese a haber hecho mi mejor esfuerzo para detener tales sucesos, hay algunas cosas de las que sencillamente una persona no puede volver. Encontré cierto orgullo en esto, dado que continuar una vida normalmente habiendo sido parte de algo semejante sería volverse un sociópata. Esas cosas van mucho más lejos de lo que la mayoría puede pensar.

Forzarme a hacer esas cosas y luego haber participado en su encubrimiento es mucho más de lo que cualquier gobierno



tiene derecho a pedir. Luego, ese mismo gobierno me dio la espalda y me abandonó. No me ofrecieron ayuda alguna, y activamente, a través de sus corruptos agentes de la DEA, impidieron que busque cualquier tipo de ayuda externa. Toda la culpa es de ellos.

Más allá de todo, una serie de enfermedades físicas me golpearon una y otra vez. Para eso tampoco me ofrecieron ayuda. Actualmente podría haber tenido alguna mejora si luego de veinte años no hubiesen negado esa enfermedad a la que yo y tantos otros fuimos expuestos. Para complicar aún más las cosas, no invirtieron el menor esfuerzo en tratar de comprender las repetidas y severas lesiones cerebrales que sufrió. Cada una de las cuales requería una atención médica inmediata, la cual nunca me fue dada.

Últimamente la DEA entró en escena nuevamente, creando una cultura del miedo en la comunidad médica, al extremo que muchos doctores no se animan siquiera a tomar las medidas necesarias para controlar los síntomas. Todo bajo la apariencia de la mentira de la "epidemia de sobre prescripción médica", la cual contradice toda investigación seria, las que demuestran todo lo contrario. Tal vez, con la medicación adecuada, con las dosis apropiadas, podría haber vivido algunos años de forma decente. Pero incluso eso es demasiado pedir para un régimen construido sobre la idea de que el sufrimiento es noble y el alivio es para los débiles.

De todos modos, cuando los desafíos que enfrentan a una persona son tan grandes que cualquiera se daría por vencido (salvo los más débiles), estos factores extra son suficientes para llevarlo al límite.

¿Es de extrañar entonces que las últimas estadísticas indiquen que 22 veteranos se suicidan por día? Cada día se suicidan más veteranos que la cantidad de niños asesinados en Sandy Hook [masacre del 14 de diciembre de 2012, ocurrida en la escuela primaria de esa localidad, en Connecticut, EE.UU., donde Adam Lanza asesinó a 20 niños y 8 adultos] ¿Dónde están las grandes iniciativas políticas? ¿Por qué el presidente no dijo nada a esas familias en su discurso del Estado de la Unión? Quizás porque somos asesinados por un sistema deshumanizado, de abandono e indiferencia, y no por un lunático.

Esto nos deja a todos entregados al dolor permanente, a la miseria, la pobreza y deshonor. Les aseguro que cuando esos números finalmente bajen, sencillamente será porque todos los que fueron empujados a esa situación ya estén muertos.

¿Por qué? ¿Por la locura religiosa de Bush? ¿Por la fortuna

creciente de Cheney y sus amigos corporativos? ¿Para eso es que destruimos tantas vidas?

Desde entonces, intenté llenar el vacío de todas formas. Intenté llegar a una posición de mayor poder e influencia para corregir algunos errores. Nuevamente fui al campo de batalla, esta vez con la meta de salvar vidas. Pero el hecho es que salvar vidas no va a reemplazar a aquellas que fueron asesinadas. Es un ejercicio inútil.

Luego, intenté reemplazar la destrucción con creación. Por un tiempo fue una distracción. Pero no podía durar. El hecho de llevar una vida ordinaria es un insulto para aquellos que murieron en mis manos. ¿Cómo podría ir por ahí como cualquiera mientras las viudas y los huérfanos que yo mismo creé continúan luchando? Si ellos pudieran verme sentado aquí en un suburbio, en mi confortable hogar trabajando en algún proyecto musical, estarían enfurecidos, y con absoluta razón.

Pensé que tal vez podía lograr algún avance con un proyecto filmico, quizás buscando atraer a aquellos a quienes yo había hecho algún mal, y revelar así una verdad más grande. Pero eso también me fue despojado. Temo que, como todas las cosas que requieren la colaboración de personas que no pueden comprender por no haber estado allí, se caerá a pedazos.

La última cosa que se me ocurrió es una especie de misión final. Me di cuenta de que soy capaz de encontrar algo de salvación en cosas que implican la vida o la muerte. Pensé que sería una buena idea buscar hacer algún bien en base a mis habilidades, mis experiencias y mi instinto asesino. Pero me di cuenta de que no era algo realista. Primero, por el financiamiento y el equipamiento que requiere una operación propia. Luego está la certeza de una muerte espantosa casi segura, las repercusiones internacionales y quedar para siempre retratado por los medios como un terrorista. Lo que realmente me detuvo es que simplemente estoy tan enfermo que no puedo tener efectividad en el terreno, nunca más. Eso también, me lo han quitado.

Por lo tanto, me quedé básicamente con nada. Demasiado atrapado en una guerra para estar en paz. Demasiado dañado para estar en guerra. Abandonado por aquellos que tomaron el camino fácil y una carga para aquellos que debieron soportarlo, que por lo tanto merecen algo mejor. Como ven, no solamente estaré mejor muerto. El mundo estará mejor sin mí.

Esto es lo que me llevó hasta esta misión final. No es un suicidio. Es una muerte misericordiosa. Sé cómo asesinar, y sé cómo hacerlo sin dolor. Fue rápido y no sufrió. Pero por sobre todas las cosas, ahora soy libre. No siento más dolor. No tengo más pesadillas, ni recuerdos ni alucinaciones. Ya no estoy deprimido, asustado o preocupado.

Soy libre.

Por eso les pido que sean felices por mí. Tal vez es el mejor descanso que pueda haber deseado. Por favor acéptenlo y estén contentos por mí.

Daniel Somers

Editado por PIA Noticias



Violencia y no violencia en el pensamiento de Malatesta

Mientras algunos de sus adversarios, en el campo de la izquierda, y concretamente los socialistas y comunistas, acusaron a veces a Malatesta de «tolstoiano», otros, más alevosos, desde la derecha, se esforzaron por presentarlo como feroz iconoclasta y predicador de la más ilimitada violencia.

A propósito de Malatesta, escribe Luigi Fabbri: «Una vez, a cierto sectarismo frío que, a ejemplo de Torquemada, parecía dispuesto a sacrificar media humanidad para salvar, para la otra mitad, la árida fórmula de un principio, tuvo que decir: «¡Yo daría todos los principios por salvar a un hombre!». Otra vez, contra un terrorismo que se cree revolucionario porque le parecen necesarias las ejecuciones en masa para el triunfo de la revolución, Malatesta exclamaba: «Si para vencer se debiese elevar la horca en las plazas, preferiré perder». En julio de 1921, en su proceso de Milán, terminó sus declaraciones a los jurados con algunas palabras de dolor por la lucha feroz desencadenada en el país del fascismo, lucha «que repugnaba a todos y no beneficia a ninguna clase o partido». Y en las tres ocasiones no faltaron los que acusaron a Malatesta de tolstoiiano o cosa peor» (Malatesta p. 28-28).

Pero, poco más adelante, añade el mismo Fabbri: «Una de las injusticias de que Malatesta fue víctima durante muchísimo tiempo, y que en 1919-1920 se agravó por todas las maldades y las ferocidades que el odio de clase suscitó entonces en contra suya, fue la leyenda que le describía como un promotor de desórdenes, como un teorizador del homicidio, como un violento en la propaganda y en los hechos, como un energúmeno sediento de sangre. Se encontrarán los rastros de ello no sólo en los periódicos conservadores, reaccionarios y policíacos, sino hasta en algún periódico de ideas avanzadas. Recuerdo, entre otros, un violento e innoble artículo contra Malatesta en *L'Iniciativa Republicana*, de Roma, en el que se aseguraba que provocaba por capricho tumultos sangrientos, mientras era bien evidente que estos siempre eran provocados por la policía italiana con el deliberado propósito, sea de detener los progresos del movimiento revolucionario, sea de crear una ocasión propicia para desembarazarse de un modo u otro del temido agitador. El haber estado mezclado, desde 1870 en adelante, directa o indirectamente, en una cantidad de movimientos y tentativas revolucionarias e insurrecciones europeas, y junto a los informes fabulosos de las policías de todos los países, que el periodismo burgués y ciertos escritores a lo Lombroso, por servilismo profesional o por ignorancia, tomaban por oro de ley, habían facilitado la difusión de la estúpida leyenda» (Malatesta, p. 29).

La verdad es que Malatesta no era un partidario de la resistencia pasiva y de la no violencia, pese a la estima que sentía por Tolstoi, ni tampoco un partidario de la violencia destructora e indiscriminada, de los atentados y las bombas arrojadas alegramente contra justos y pecadores. Aun sin haber leído ninguno de los textos que consagró en diversas ocasiones al problema de la violencia, podríamos asegurarla a partir de un conocimiento básico de su carácter moral y de su ideario general.

Su posición a este respecto, se acercaba quizás más que a la de ninguno de los grandes teóricos del anarquismo, a la de

Kropotkin.

Ante todo, Malatesta rechaza la idea de la violencia como incompatible con el anarquismo. Pero aclara, en seguida, que precisamente por eso éste reconoce a todo hombre el derecho de rechazar la violencia, inclusive violentamente, cuando ello fuera necesario.

Escribe, así, el 25 de agosto de 1921, en *Umanità Nova*: «Los anarquistas están en contra de la violencia. Esto es cosa sabida. La idea central del anarquismo es la eliminación de la violencia de la vida social, es la organización de las relaciones sociales fundadas sobre la libertad de los individuos, sin intervención del gendarme. Por ello somos enemigos del capitalismo que obliga a los trabajadores, apoyándose sobre la protección de los gendarmes, a dejarse explotar por los poseedores de los medios de producción o incluso a permanecer ociosos o a sufrir hambre cuando los patrones no tienen interés en explotarlos. Por ello somos enemigos del Estado, que es la organización coercitiva, es decir, violenta, de la sociedad. La violencia sólo es justificable cuando resulta necesaria para defenderse a sí mismo y a los demás contra la violencia. Donde cesa la necesidad comienza el delito... El esclavo está siempre en estado de legítima defensa y, por lo tanto, su violencia contra el patrón, contra el opresor, es siempre moralmente justificable y sólo debe regularse por el criterio de la utilidad y de la economía del esfuerzo humano y de los sufrimientos humanos».

Nada más falso, entonces, para Malatesta, que considerar al anarquismo sinónimo de violencia. Pero ésta es precisamente la idea que de él ha sembrado la prensa y la literatura burguesa durante más de un siglo. La imagen del anarquista como tirabombas, como fautor por excelencia de la violencia y del desorden gratuito, es algo que se originó en la mala fe y en el ánimo esencialmente hipócrita y mentiroso de la propaganda capitalista y gubernamental, pero que hoy perpetúa la estupidez y la ignorancia de la mayoría de los medios de comunicación de masas.

Por eso Malatesta insiste en demostrar que es precisamente el rechazo de la violencia el rasgo específico y definitorio de la doctrina anarquista. En un ensayo publicado el 1 de septiembre de 1924, en *Pensiero e Volontà*, escribe: «Hay por cierto otros hombres, otros partidos, otras escuelas tan sinceramente devotas del bien general como podemos serlo los mejores de nosotros. Pero lo que distingue a los anarquistas de todos los demás es justamente el horror por la violencia, el deseo y el propósito de eliminar la violencia, es decir, la fuerza material, de las competencias entre los hombres. Se podría decir entonces que la idea específica que distingue a los anarquistas es la abolición del gendarme, la exclusión de los factores sociales de la regla impuesta mediante la fuerza bruta, sea ésta legal o ilegal. Pero entonces se podrá preguntar por qué en la lucha actual contra las instituciones político-sociales que consideran opresivas, los anarquistas han predicado y practicado, y predicen y practican cuando pueden, el uso de los medios violentos que están sin embargo en evidente contradicción con sus fines. Y esto hasta el punto de que en ciertos momentos muchos adversarios de buena fe creyeron

—y todos los de mala fe fingieron creer— que el carácter específico del anarquismo era justamente la violencia. La pregunta puede parecer embarazosa, pero es posible responderla en pocas palabras. Ocurre que para que dos personas vivan en paz es necesario que ambas deseen la paz, si uno de los dos se obstina en querer obligar por la fuerza al otro a trabajar para él y a servirlo, para que ese otro pueda conservar su dignidad de hombre y no quedar reducido a la más abyecta esclavitud, pese a todo su amor por la paz y por el entendimiento, se verá sin duda obligado a resistir a la fuerza con medios adecuados».

Para Malatesta, pues, sólo el uso de la fuerza justifica el uso de la fuerza; sólo la legítima y natural defensa contra toda forma de violencia, pero, sobre todo, contra la permanente e institucionalizada violencia del Estado, justifica el uso de la violencia.

Dice, con su característica fuerza y concisión, en el número correspondiente al 9 de mayo de 1920 de *Umanitá Nova*: «Nosotros no queremos soportar ninguna imposición forzada. Queremos emplear la fuerza contra el gobierno porque éste nos tiene dominados por la fuerza. Queremos expropiar por la fuerza a los propietarios, porque éstos detentan por la fuerza las riquezas naturales y el capital fruto del trabajo, y se sirven de ella para obligar a los demás a trabajar en su propio beneficio. Combatiremos con la fuerza a quienes quieran retener o reconquistar con la fuerza los medios que les permiten imponer su voluntad y explotar el trabajo de los demás. Resistiremos con la fuerza contra cualquier “dictadura” o “constituyente” que quisiera sobreponerse a las masas en rebelión. Y combatiremos al Gobierno, como quiera que haya llegado al poder, si hace leyes y dispone de medios militares y penales para obligar a la gente a la obediencia. Salvo en los casos enumerados, en los cuales el empleo de la fuerza se justifica como defensa contra la fuerza, estamos siempre contra la violencia y en favor de la libre voluntad»

Refiriéndose a la ineludible violencia que comporta toda revolución, pero sobre todo una que pretenda cambiar desde sus mismos fundamentos las relaciones humanas y sociales, explica Malatesta en un artículo aparecido también en *Umanitá Nova*, el 18 de julio de 1920: «Como la revolución es, por la necesidad de las cosas, un acto violento, tiende a desarrollar, más bien que a suprimir, el espíritu de violencia. Pero la revolución realizada tal como la conciben los anarquistas es la menos violenta posible y desea frenar toda violencia apenas cesa la necesidad de oponerse a la fuerza material del gobierno y de la burguesía. Los anarquistas sólo admiten la violencia como legítima defensa; y si están hoy en favor de ella, es porque consideran que los esclavos están siempre en estado de legítima defensa. Pero el ideal de los anarquistas es una sociedad de la cual haya desaparecido el factor violencia, y ese ideal suyo sirve para frenar, corregir y destruir el espíritu de prepotencia que la revolución, en cuanto acto material, tendería a desarrollar».

Estas líneas, escritas en los primeros tiempos de la revolución bolchevique de Rusia, revelan el mismo espíritu que las cartas de Kropotkin a Lenin en aquellos días. Pensando precisamente en la dirección que aquella revolución estaba ya tomando, añade, a continuación, Malatesta: «El remedio no

podría ser en ningún caso la dictadura, que sólo puede fundamentarse en la fuerza material y tiende necesariamente a la glorificación del orden policial y militar».

En los días iniciales del fascismo, cuando las bandas armadas y el recién asumido gobierno hacen gala de su amor por la violencia y glorifican el uso de la fuerza bruta. Malatesta los asimila a los revolucionarios que sólo piensan en la venganza y sólo luchan movidos por el odio y el deseo de aplastar al enemigo vencido. Dice, así, en un artículo publicado en *Fede*, el 28 de octubre de 1923: «Estamos en principio contra la violencia y por ello queríramos que la lucha social, mientras ocurre, se humanizara lo más posible. Pero esto no significa en absoluto que queramos que esa lucha sea menos energética y menos radical, pues consideramos más bien que las medidas a medias llegan en fin de cuentas a prolongar indefinidamente la lucha, a volverla estéril y a producir, en suma, una cantidad mayor de esa violencia que se quería evitar. Tampoco significa que limitemos el derecho de defensa a la resistencia contra el atentado material e inminente. Para nosotros, el oprimido se encuentra siempre en estado de legítima defensa y tiene siempre el pleno derecho a rebelarse sin esperar que comiencen a descargar las armas sobre él; y sabemos muy bien que a menudo el ataque es la mejor defensa. Pero aquí está en juego una cuestión de sentimientos, y para mí el sentimiento cuenta más que todos los razonamientos. F. habla tranquilamente de “romper la cara al enemigo después de haberle atado las manos”, aunque las reglas morales y consuetudinarias no consentían que eso se hiciera. Este es un estado de ánimo que ya puede llamarse fascista, porque los fascistas han vuelto lamentablemente consuetudinario el hecho de emplear las peores violencias contra aquellos a los que se ha puesto en la imposibilidad de defenderse. La venganza, el odio persistente, la crueldad contra el vencido reducido a la impotencia pueden comprenderse e incluso perdonarse en el momento de la irritación, por parte de alguien que ha sido cruelmente ofendido en su dignidad y en sus afectos más sagrados; pero postular sentimientos de ferocidad antihumana y elevarlos a tácticas de partido es lo más malo y contrarrevolucionario que se pueda imaginar. Contrarrevolucionario porque la revolución para nosotros no debe significar sustitución de un opresor por otro, del dominio de los demás por el nuestro, sino elevación humana en los hechos y en los sentimientos, desaparición de toda separación entre vencidos y vencedores, hermanamiento sincero entre todos los seres humanos, sin lo cual la historia seguiría llena de esa permanente alternativa de opresiones y rebeliones, en detrimento del verdadero progreso, y en definitiva, de todos los hombres, vencidos y vencedores».

No se trata, como es obvio, de condonar toda violencia en sí misma, como harían Tolstoi y Gandhi. Debe distinguirse, por el contrario, entre la violencia que es instrumento de liberación y la que es medio de opresión. Y es claro que, una vez establecida esta distinción, habrá que afirmar también que la primera es esencialmente moral y la segunda esencialmente inmoral. Ello no impide que, en cualquier caso, reconozcamos el peligro que el uso de la violencia implica, ni que rechacemos la acomodaticia y egocéntrica idea de que nuestra violencia es justa y la del enemigo injusta por definición.

En un artículo publicado en *Umanità Nova*, el 21 de octubre de 1922, sostiene Malatesta: «La violencia es desgraciadamente necesaria para resistir a la violencia adversaria, y debemos predicarla y prepararla, si no queremos que la actual condición de esclavitud larvada en que se encuentra la gran mayoría de la humanidad, perdure y empeore. Pero contiene en sí el peligro de transformar la revolución en una batalla brutal no iluminada por el ideal y sin posibilidad de resultados benéficos; y por ello es necesario insistir en los fines morales del movimiento y en la necesidad, en el deber de contener la violencia dentro de los límites de la estricta necesidad. No decimos que la violencia es buena cuando la empleamos nosotros y mala cuando la emplean los demás contra nosotros. Decimos que la violencia es justificable, es buena, es moral, constituye un deber, cuando se la emplea para la defensa de sí mismo y de los otros contra las pretensiones de los violentos; y es mala, es *immoral*, si sirve para violentar la libertad de otro. No somos pacifistas, porque la paz no es posible si no la quieren las dos partes. Consideramos la violencia como necesaria y un deber para la defensa, pero sólo para la defensa. Y se entiende, no sólo para la defensa contra el ataque físico, directo, inmediato, sino contra todas las instituciones que mediante la violencia mantienen esclavizada a la gente. Estamos contra el fascismo y queríamos que se derrotara, oponiendo a su violencia una violencia mayor. Y estamos, sobre todo, contra el gobierno que es la violencia permanente».

Cuando Gaetano Bresci, obrero anarquista, atenta contra el rey Humberto de Italia y le da muerte, Malatesta escribe en el único número de un periódico aparecido en Londres, en septiembre de 1900, con el nombre de *Cause ed effetti*, un artículo titulado «**La tragedia di Monza**». Ya en tal ocasión expone ideas iguales a las que, como vimos, expresó en los años veinte, después de la revolución bolchevique y del advenimiento del fascismo en Italia. Dice, en efecto, allí: «**Nosotros no creamos en el derecho de castigar, rechazamos la idea de la venganza como sentimiento bárbaro: no tratamos de ser justicieros ni vengadores. Más santa, más noble, más fecunda nos parece la misión de liberadores y pacificadores. A los reyes, a los opresores, a los explotadores les tendremos con gusto la mano, cuando ellos quieran solamente volverse hombres entre los hombres, iguales entre iguales. Pero mientras se obstinen en disfrutar del actual orden de cosas y en defenderlo con la fuerza, produciendo así el martirio, el embrutecimiento y la muerte por inanición a millones de criaturas humanas, estamos en la necesidad, estamos en el deber de oponer la fuerza a la fuerza.**

Al año siguiente, el presidente McKinley, «cabeza de la oligarquía norteamericana, el instrumento y defensor de los grandes capitalistas, el traidor de los cubanos y de los filipinos, el hombre que autorizó la masacre de los huelguistas de Hazelton, las torturas de los mineros de Idaho y las miles de infamias que cada día se cometían contra los trabajadores en la república modelo, el que encarnaba la política militarista, conquistadora, imperialista a que se ha lanzado la burguesía americana», cayó ante el revólver de otro obrero anarquista, el inmigrante Leon Czolgosz. Malatesta escribe, el 22 de septiembre del mismo año, en *L'Agitazione* de Roma, un artículo

titulado «*Arrestiarnoci sulla ching*», dice allí: «Ya que la violencia nos rodea y nos asalta por todas partes, nosotros, continuando serenamente la lucha para que acabe esta horrible necesidad de tener que responder a la violencia con la violencia, aun anhelando que llegue pronto el día en que los antagonismos de los intereses y las pasiones entre los hombres se puedan resolver con medios humanos y civilizados, guardamos nuestras lágrimas y nuestras flores para otras víctimas que no sean estos hombres que, poniéndose a la cabeza de las clases explotadoras y opresoras, asumen las responsabilidades y afrontan los riesgos de su posición».

Malatesta afirma, en todo momento, la necesidad de una lucha enérgica y sin desmayo contra el Estado. En julio de 1920, escribe en el *Programma anarchico* de Bolonia: «Cuando el pueblo se somete dócilmente a la ley, o la protesta es débil y platónica, el gobierno se beneficia de ello sin preocuparse por las necesidades populares; cuando la protesta se vuelve enérgica, insistente, amenazadora, el gobierno, según sea más o menos iluminado, cede o reprime, pero siempre se llega a la insurrección, porque si el gobierno no cede, el pueblo termina rebelándose, y si el gobierno cede, el pueblo adquiere fe en sí mismo y prende de cada vez más, hasta que la incompatibilidad entre la libertad y la autoridad se hace evidente y estalla el conflicto violento. Es necesario entonces prepararse moral y materialmente para que, al estallar la lucha violenta, el pueblo obtenga la victoria».

Como se ve, aun cuando Malatesta está lejos de ser un amante de la violencia por la violencia y aun cuando se halla en las antípodas de la fe fascista en la virtud de la fuerza, está convencido de que la revolución violenta es inevitable.

No se puede imaginar uno a Malatesta escribiendo a los boyardos rusos para persuadirlos de las bondades del socialismo, como había hecho Fournier, ni tampoco en actitud de pasiva y religiosa desobediencia frente a los poderes opresivos, como Tolstoi o Gandhi.

Está convencido de que «**la burguesía –como dice en *Umanità Nova* del 9 de septiembre de 1921– no se dejará expropiar de buen grado y habrá que apelar siempre al golpe de fuerza, a la violación del orden legal con medios ilegales**». La finalidad es una sociedad plenamente humana, donde el amor y la concordia se hagan posibles entre los hombres. Por eso, la violencia que comporta una oposición entre los medios y el fin, es algo que se hace sentir dolorosamente en el ánimo de los auténticos anarquistas. Pero el renunciar a ella, cuando se presenta como medio único de liberación, sería, sin embargo, enteramente inmoral y, como tal, inadmisible, ya que implica complicidad con el odio y la opresión que ante todo los anarquistas pretenden desterrar.

Escribe, así, el 27 de abril de 1920, en *Umanità Nova*: «**También nosotros sentimos amargura por esta necesidad de la lucha violenta. Nosotros, que predicamos el amor y combatimos para llegar a un estado social en el cual la concordia y el amor sean posibles entre los hombres, sufrimos más que nadie por la necesidad en que nos encontramos de defendernos con la violencia contra la violencia de las clases dominantes. Pero renunciar a la violencia liberadora cuando ésta constituye el único medio que puede poner fin a los prolongados sufrimientos de la gran**

masa de los hombres y a las monstruosas carnicerías que enlutan a la humanidad, sería hacernos responsables de los odios que lamentamos y de los males que derivan del odio».

Carlos Díaz (*Las teorías anarquistas*, p. 112) sostiene que Malatesta es un cristiano ateo. Sería mejor decir agnóstico. En todo caso, no es un cristiano tolstoiano. Para él, la no resistencia al mal es un absurdo teórico y una inmoralidad práctica. Dice, en efecto, en *Pensiero e Volontà*, el 16 de abril de 1925: «**Pienso, y lo he repetido mil veces, que no resistir al mal activamente, es decir, de todos los modos posibles, es absurdo en teoría, porque está en contradicción con el fin de evitar y destruir el mal y es inmoral en la práctica porque reniega de la solidaridad humana y del consiguiente deber de defender a los débiles y a los oprimidos. Pienso que un régimen nacido de la violencia y que se sostiene con la violencia sólo puede ser abatido por una violencia correspondiente y proporcionada, y que por ello es una tontería o un engaño confiar en la legalidad que los opresores mismos forjan para su propia defensa. Pero pienso que para nosotros, que tenemos como fin la paz entre los hombres la justicia y la libertad de todos, la violencia es un dura necesidad que debe cesar, conseguida la liberación, donde cesa la necesidad de la defensa y de la seguridad, bajo pena de que se transforme en un delito contra la humanidad y lleve a nuevas opresiones y nuevas injusticias.**

No utilizar la violencia contra los opresores, equivale, para Malatesta, a hacer violencia a los débiles y oprimidos, que es sin duda el peor género de violencia. Sin embargo, utilizarla en otro caso que no sea el de legítima defensa (entendida claramente, en sentido social), equivale a justificar su uso por parte de los opresores y del Estado.

Dice, por eso, en *El Risveglio*, el 20 de diciembre de 1922: «**A mi parecer, si la violencia es justa incluso más allá de la necesidad de la defensa, entonces es justa incluso cuando la ejercitan contra nosotros, y no tendríamos ninguna razón para protestar. En ese caso, no podríamos ya confiar en la fuerza material, esa fuerza que lamentablemente no tenemos.**

Alguien podría objetar que resulta muchas veces difícil distinguir los casos de legítima defensa de los que son una agresión embozada o disimulada. Pero Malatesta se refiere aquí a algo que en principio es muy claro para él, ya que habla de la legítima defensa que cualquier oprimido en su situación de tal ejercicio, dentro de la sociedad, contra quien lo opone y sólo en la medida necesaria para liberarse de tal opresión. Si esta medida se sobrepasa, se origina una nueva e inversa situación de injusticia: el antiguo oprimido se convierte en opresor, y viceversa. Así como en la pseudo-revolución el antiguo esclavo llega a ser nuevo amo, en la pseudo-autodefensa la antigua víctima se transforma en nuevo verdugo.

Por otra parte, característica del atentado auténticamente anarquista ha sido siempre la total exclusión de accidentales e inocentes víctimas. En esto, el clásico *justiciero* anarquista se diferencia profundamente de casi todos los que en nuestros días realizan actos de terrorismo en nombre de causas «antimperialistas» o de «liberación nacional». Las dos últimas décadas han presenciado muchas matanzas absurdas, donde la mayoría de las víctimas no tienen (ni pueden tener) relación

alguna con la opresión contra la cual se protesta por medio del hecho violento.

Véase, por ejemplo, cómo narra **Pío Baroja** el atentado del anarquista **Francisco Ruiz y Suárez** contra el ministro **Cánovas** en el hotel madrileño donde éste vivía: «**Verás lo que pasó: él llevaba una botella de pólvora cloratada, la puso delante de la verja del hotel y encendió la mecha. Cuando se retiraba, vio que iba a entrar una criada con unos niños. Inmediatamente Paco volvió, recogió la botella y en la mano le estalló; le arrancó el brazo la explosión y lo dejó muerto**» (*Aurora Roja, Obras Completas*, Madrid, 1946 – 1 p. 556).

En los últimos años del siglo XIX y los primeros del siglo XX se multiplicaron los casos de robos y asaltos junto con los atentados personales contra reyes y personajes importantes del mundo político, por obra de anarquistas o sedicentes anarquistas.

El concepto del robo como expropiación en general fue combatido por los principales pensadores y teóricos libertarios de la época. **Kropotkin**, en especial, se dedicó a demostrar que el robo implica un reconocimiento tácito del derecho de propiedad.

En un artículo titulado «*Capitalisti e ladri*», publicado en la revista *Il Pensiero* de Roma, el 16 de marzo de 1911, explica Malatesta: «**Uno de los puntos fundamentales del anarquismo es la abolición del monopolio de la tierra, de las materias primas y de los instrumentos de trabajo, y por consiguiente la abolición de la explotación del trabajo ajeno, de todo cuanto hace posible que un hombre viva sin darle a la sociedad su aporte de producción es, desde el punto de vista libertario, un robo. Los propietarios, los capitalistas han robado al pueblo, con la violencia o con el fraude, la tierra y todos los medios de producción, y como consecuencia de este hurto inicial, pueden sustraer, cada día, a los trabajadores el producto de su trabajo. Pero han sido ladrones afortunados, se han vuelto fuertes, han hecho leyes para legitimar su situación y han organizado todo un sistema de represión para defenderse tanto contra las reivindicaciones de los trabajadores como contra aquellos que quieren sustituirlo, haciendo lo que ellos mismos han hecho. Y ahora, el robo de sus señorías se llama propiedad, comercio, industria, etc.; el nombre de ladrones está reservado, en cambio, en el lenguaje común, a aquellos que quisieran seguir el ejemplo de los capitalistas, pero que, llegados demasiado tarde y en circunstancias desfavorables, no pueden hacerlo sino rebelándose contra la ley. Sin embargo, la diferencia de los nombres usados comúnmente no basta para anular la identidad moral y social de ambas situaciones. El capitalista es un ladrón que ha tenido éxito por mérito propio o de sus abuelos; el ladrón es un aspirante a capitalista que espera solamente llegar a serlo en la realidad, para vivir sin trabajar del producto de su robo, o sea del trabajo ajeno. Enemigos de los capitalistas, no podemos tener simpatía por el ladrón que aspira a convertir en capitalista. Partidarios de la expropiación hecha por el pueblo en provecho de todos, no podemos, como anarquistas, tener nada en común con una operación en la cual no se trata sino de hacer pasar la riqueza de las manos de un propietario a la de otro.**

Entre los ladrones que se llamaban «anarquistas» y justifica-

ban su actividad mediante la teoría de la expropiación hubo algunos que ponían buena parte del fruto de su depredaciones, al servicio de la propaganda ideológica. Tal el caso de **Severino Di Giovanni** en la Argentina, en la década de 1920 (Cfr. Bayer, *Severino Di Giovanni*, Buenos Aires).

Otros, como la **Banda Bonnot**, que actuaba en la primera década del siglo XX en Francia, Suiza y otros países de Europa occidental, y que obtuvo por entonces gran celebridad, destinaban apenas un diez por ciento del producto robado a la causa anarquista (fr. Thomas, *La bande à Bonnot*, París).

Malatesta escribió sobre la actuación de esta banda supuestamente anarquista un artículo titulado «*I banditi rossi*», en *Volontá* de Ancona, el 15 de junio de 1913. El artículo terminaba con este consejo a los ladrones y asesinos que, a partir de un individualismo pseudo-nietzscheano, llenos de desprecio por el pueblo, no hacen sino emular con medios inadecuados a la burguesía: «Concluiré dando un consejo a quienes “desean vivir su vida” y no se preocupan de la vida ajena. El robo, el asesinato, son medios peligrosos y, en general, poco productivos. Por aquel camino, la mayor parte de la veces se llega sólo a consumir la vida en las cárceles o a perderla en el patíbulo, especialmente si uno tiene la imprudencia de llamar sobre sí la atención de la policía, llamándose anarquista o relacionándose con los anarquistas. Como negocio es un mal negocio. Cuando se es avisado enérgico y sin escrúpulos puede uno abrirse paso fácilmente entre la burguesía. Traten, pues, de convertirse en burgueses, con el robo y con el asesinato se entiende, pero legales. Harán un mejor negocio, y si es cierto que tienen simpatías intelectuales por el anarquismo, se ahorrarán el disgusto de perjudicar a la causa que dicen apreciar».

El individualismo de los asaltantes a lo Bonnot no tienen nada en común con el anarquismo, que está hecho de simpatía hacia todos los oprimidos, de solidaridad y de esfuerzo compartido por lograr la libertad de todos.

En otro artículo aparecido también en *Volontá*, cuatro meses más tarde, con el título de «*La base morale dell'anarchismo*», añade Malatesta: «Si todos obraran como Bonnot, habría Bonnatos más fuertes o más hábiles o más afortunados, que vencerían, reducirían a los otros a la esclavitud y los obligarían a trabajar para ellos. La emancipación no puede venir sino cuando los oprimidos se rebelan contra los opresores en interés de todos. Una sociedad en la cual se garantece a todos los individuos el completo desarrollo de sus personalidades debe estar fundada sobre el amor y sobre la solidaridad entre los hombres y no puede derivar sino del amor y del espíritu de sacrificio. De la lucha realizada por cuenta individual no puede derivar sino la victoria de algunos y, por tanto, la derrota y la sumisión de los otros».

El asalto, el robo y el terrorismo, por una parte y el pacifismo por la otra, constituyen, para Malatesta, dos extremos igualmente erróneos y desaconsejables de la acción anarquista. Su actitud, que coincide con la de **Kropotkin**, es tan ajena a la pura violencia como a la absoluta no violencia y lo sitúa tan lejos de **Nechaiev** como de **Tolstoi**.

Según Malatesta, el error de los terroristas y pacifistas proviene de su común condición de místicos. Uno y otro –quiere decir– sitúan una instancia emocional como valor absoluto, por encima de la razón.

En el único número de la revista *Anarchia*, aparecido en Lon-

dres, en el mes de agosto de 1896, escribe, criticando primero el auge de la tendencia tolstoiana: «Un poco por reacción contra el abuso que se ha hecho de la violencia en estos últimos años, un poco por la supervivencia de las ideas cristianas, y sobre todo por la influencia de la predicación mística de Tolstoi, a la cual el genio y las elevadas cualidades morales del autor dan boga y prestigio, comienza a adquirir una cierta importancia entre los anarquistas el partido de la resistencia pasiva, que tiene por principio que es necesario dejarse oprimir y vilipendiar a sí mismo y a lo demás, más bien que hacer el mal al agresor. Es lo que se ha llamado *anarquismo pasivo*. Puesto que algunas personas, impresionadas por mi aversión contra la violencia inútil o dañina, han querido atribuirme no sé muy bien si para elogiar o denigrarme, tendencias hacia el tolstoísmo, aprovecho la ocasión para declarar que, a mi parecer, esta doctrina, por más sublimemente altruista que parezca, es en realidad la negación del instinto y de los deberes sociales. Un hombre puede, si es muy... cristiano, sufrir pacientemente toda clase de presiones sin defenderse con todo los medios posibles y seguir siendo quizás un hombre moral. Pero ¿no sería en la práctica y aun sin quererlo un terrible egoísta si dejase oprimir a los demás sin tratar de defendelos? ¿No lo sería, por ejemplo, si prefiriese que una clase fuese reducida a la miseria, que un pueblo fuese hollado por el invasor, que un hombre fuera ofendido en su vida y libertad, más bien que arrancar el pellejo al opresor? Puede haber casos en los cuales la resistencia pasiva sea un arma eficaz, y entonces resultaría por cierto la mejor de las armas, porque sería la más económica en sufrimientos humanos. Pero las más de las veces profesar la resistencia pasiva significa asegurar a los opresores contra el temor de la rebelión y por lo tanto traicionar la causa de los oprimidos».

Este claro y razonado rechazo del pacifismo a ultranza, sin concesiones al terrorismo ciego y la indiscriminada violencia, verdadero ejemplo de equilibrio moral que es a la vez humanismo heroico, resulta tanto más digno de admiración y de elogio cuanto mejor se considera el alto prestigio intelectual y moral del que disfrutaba por entonces en toda Europa el autor de *Resurrección*, por una parte, y el incontenible auge del terrorismo, aureolado igualmente en aquel instante con el resplandor terrible que surgía del yo stirneriano y del super hombre nietzscheano, por la otra. «Es curioso observar cómo los terroristas y los tolstoístas, justamente porque unos y otros son místicos, llegan a consecuencias prácticas casi iguales – prosigue, en el mismo artículo Malatesta-. Aquéllos no dudarían en destruir a media humanidad con tal de hacer triunfar la idea; éstos dejarían que toda la humanidad permaneciese bajo el peso de los más grandes sufrimientos más bien que violar un principio. Para mí, yo preferiría violar todos los principios del mundo con tal de salvar a un hombre; lo cual equivaldría, en verdad, por otra parte, a respetar el principio, porque según mi opinión, todos los principios morales y sociológicos se reducen a uno solo: el bien de los hombres, de todos los hombres».

Ángel J. Cappelletti
Publicado en Polémica N° 20

Algunas ideas falsas sobre el anarquismo

Hay, hablando brevemente, tres clases de anarquismo: la escuela revolucionaria de Bakunin y Kropotkin, conocida bajo la denominación de anarquismo comunista; el anarquismo ético o filosófico de Godwin, Proudhon y Tucker; y, el anarquismo religioso de Tolstoy.

Así, al hablar de las falsas ideas que corren sobre el anarquismo, es necesario no olvidar que no sólo cada escuela o rama es mal interpretada, sino que también la confusión se deriva asimismo del propio hecho de existir diferentes tendencias, antagonicas necesariamente en algunos extremos.

Del mismo modo, los que tienen o se forman ideas falsas del anarquismo constituyen distintas categorías. Para mayor sencillez las dividiremos en tres tipos diferentes: los conservadores, que detestan y temen cualquier proposición radical sobre cambios sociales; los socialistas y otros reformistas, que no pueden ver, porque no lo necesitan, el objetivo de otros compañeros; y los anarquistas mismos que creen tener el monopolio de verdad.

Es, pues, incuestionable que tales falsas ideas son en gran número y muy variadas, por lo que sería abusar de su paciencia hablar de todas ellas. Limitaré, por tanto, mis observaciones solamente a unas cuantas y, en particular, a la escuela revolucionaria, que es la que mete más ruido, la más aborrecida y la que peor se comprende.

La primera y más importante falsa concepción del anarquismo, sostenido inocente y maliciosamente por amigos y adversarios, es la de que Anarquismo, Comunismo y Revolución, son una trinidad indisoluble, de tal modo, que muchos se imaginan al primero con la revolución sangrienta en una mano y el comunismo angélico en la otra. Así, pues, presupone aquél la revolución e implica el comunismo como una económica necesidad social.

Que hay fundamento para la formación de estos errores en las mismas enseñanzas de algunos propagandistas de la anarquía, no puede negarse en redondo. Como toda generalización no derivada de inducciones, la concepción del anarquismo fue atrevida, pero vaga. Y también, como otras muchas ideas, no pudo escapar, en sus comienzos, a la influencia de las ideas vecinas.

El nacimiento del anarquismo coincide con el período revolucionario de 1848-71. Las tradiciones de la gran revolución francesa estaban entonces todavía frescas en el espíritu popular; el ambiente impregnado de la idea de cambios político-sociales y las aspiraciones de los hombres adquirieron grandes vuelos. La construcción de barricadas era entonces una industria floreciente. Fue en una época de fabricación de constituciones de papel y de sistemas sociales, cuando precisamente surgió el sistema no autoritario.

Las más vivas críticas acerca de la tiranía del Estado abrieron naturalmente nuevos horizontes a los más impacientes y más perseguidos revolucionarios de aquel tiempo. El ideal de no-autoridad les inspiró obstinado oposición a los poderes constituidos y su naciente amor por la hollada humanidad no podía hallar satisfacción sino en la más alta expresión de la fraternidad humana: un sistema económico basado en el comunismo fraternal. Y se abandonaron en esta creencia.

Pero si es históricamente cierto que los primeros anarquistas fueron antes que todo comunistas revolucionarios, no se puede por ello inferir que el anarquismo sea necesariamente imposible

sin los principios económicos del comunismo y sin el método de la revolución violenta. Teóricamente, no hay en verdad lazo esencial de unión entre los tres conceptos, aun cuando un buen número de personas afirman su fe en aquella trinidad como un todo. Los que no creen en la necesidad del gobierno, pueden o no ser devotos de la revolución y de la propaganda por medio de la matanza; pueden o no comulgar en el Comunismo.

La defensa de la libertad en las relaciones sociales, del principio del voluntariado o del derecho de secesión en la organización social, presupone, como expondré luego más extensamente, una sola condición económica fundamental, a saber: igualdad de medios para obtener la independencia económica.

Por otra parte, en el terreno de los hechos, el anarquismo americano nativo, según lo expuso su fundador Josiah Warren y también muy expresivamente Thoreau, está enteramente libre de ambas tácticas, la comunista y la revolucionaria. El anarquismo de Benjamín R. Tucker, generalmente el más lógico y firme, es de todo en todo opuesto al sistema comunista y extremadamente pacífico en su método. El mismo Proudhon procuró establecer la anarquía por medio del Banco del Pueblo y el Cambio del Trabajo.

Es, pues, evidente que identificar el anarquismo con la revolución o con el comunismo es una falsa concepción de la teoría y contrario a los hechos de su historia. Y, sin embargo, todavía lo oímos repetir una y otra vez, inocentemente por parte de los simpatizantes, que debían conocerlo mejor, y maliciosamente por los reaccionarios y los socialistas políticos, que no necesitan enterarse, porque el error sirve a su propósito de desacreditar el anarquismo ante el pueblo.

Como prueba de tan corriente y maliciosa ignorancia acerca del anarquismo, citaré algunos párrafos de cierto libro publicado hace pocos meses y que fue muy aplaudido por la prensa socialista y calificado por el editor de *The Comrade* de «libro notable de un hombre notable». En la página 332 de *La Historia del Socialismo en los Estados Unidos*, se lee lo siguiente:

«Los anarquistas, al no reconocer el carácter orgánico de la sociedad humana, niegan el curso gradual y lógico de su desenvolvimiento. El mundo está dispuesto para las más radicales revoluciones en todo tiempo, y cuando se requiere para su éxito feliz es un golpe de mano de determinados hombres capaces de arriesgar su vida por el bienestar del oprimido pueblo».

«Consecuentes con su punto de vista, los anarquistas repudian la acción política como una farsa dañosa y desdeñan los esfuerzos de las asociaciones de oficio y del socialismo por mejorar la condición de la clase trabajadora, como medios reaccionarios que tardaran la revolución al suprimir el descontento de los obreros por su estado actual. Sus esfuerzos (los de los anarquistas) se encaminan directamente a sembrar la semilla de la rebelión entre los pobres y mantener una guerra personal con aquellos que reputan responsables de toda la injusticia social, los altos y los poderosos de todas las naciones. Sus armas son la propaganda por la palabra y por la acción».

Este hombre *notable* parece no haber leído nunca un simple folleto anarquista. Cada sentencia de estos párrafos es una

absurda interpretación de frases cogidas al vuelo en los pasionales discursos del veterano revolucionario John Most hará unos treinta años. Pero desgraciadamente la teoría del anarquismo es tan poco entendida, que semejante potingue de absurdos halla fácil acogida aún entre los escritores, para no hablar de los píos lectores que se horrorizan sencillamente de «las peligrosas teorías de esos horribles lunáticos que se llaman anarquistas».

Otras de las más importantes falsas ideas sobre el anarquismo de que necesito hablar, porque afecta a su principio fundamental, es la que se refiere al concepto de la libertad individual.

Mucho se abusa de esta locución. En nombre de la libertad defienden los satisfechos burgueses la misma esclavitud de nuestros tiempos, y en el espíritu de la propia constitución del sucesor de aquellos, el socialismo que aspira al poder político, la libertad es perfectamente compatible con la futura esclavitud. El anarquismo es aborrecido porque se le supone partidario de la libertad sin freno, de la licencia grosera, de lo que es destructor de toda vida social, en tanto que los anarquistas mismos están todavía divididos en cuanto a la definición de la palabra. La escuela «filosófica» se conforma con la fórmula spenceriana de la libertad igual, esto es, la de que cada uno es libre de hacer lo que le plazca en tanto no coarte la libertad de los demás. Pero el problema no queda así resuelto; solamente adelanta un paso más, porque la fórmula no incluye la definición de su cláusula limitativa. ¿Qué es, en efecto, lo que constituye una interferencia o invasión de la libertad ajena? Lo objeción se reproduce más adelante y parece fundamental, porque no es ya el principio de libertad el que sirve como guía de conducta, sino más bien los límites de la libertad, que es la misma concepción de la libertad garantizada por las leyes que sostiene la vieja burguesía.

La escuela anarquista «no filosófica» mira semejante fórmula con recelo. Para sus partidarios, la libertad implica nada menos que ese idílico estado en que cada uno es perfectamente libre, no sólo de hacer, sino de gozar todas las cosas. Confian antifilosóficamente, por cierto, en la bondad inherente a la naturaleza humana y rehusan poner límites a la libertad de cualquier especie que sea. Es esta aspiración de los anarquistas comunistas hacia la libertad idílica perfecta lo que impele a los reformadores benévolos, pero cautos, a expresar su simpática observación de que el anarquismo es ciertamente un bello ideal, pero ¡oh, cuán impracticable!

Y así tenemos anarquismo execrado, por una parte, como teoría diabólica de infierno y caos, e idealizado, de otra, como un sueño beatífico, pero imposible.

Ahora bien, la libertad que defienden los anarquistas ni es tan terrible que produzca el caos, no tan beatífica que resulte de imposible realización. La vacilación proviene únicamente de ser aquella mal entendida. Se habla siempre de libertad como si fuera una fuerza positiva, un arma, algo de que los individuos pueden usar para bien o para mal. Frecuentemente oímos decir: «Den al hombre la libertad y abusará de ella empleándola en molestar a su vecino»; o, por el contrario: «Den al hombre la libertad y será bondadoso y considerado con los demás». Pero la libertad no es una cosa que se da. No es un título de propiedad o una *lettre de chachet*, de la que se puede hacer lo que nos plazca. Esencialmente la libertad es una simple relación, una condición negativa, la ausencia de algo positivo en sus manifestaciones, esto es, la ausencia de sujeción.

Además, la libertad es una *relación social*, no una facultad individual. Fuera de la sociedad no podemos formarnos concepción alguna de la libertad. Podemos hacer en absoluto cuanto se nos antoje sin que implique todavía cuestión alguna de libertad. Nuestros actos llegan a tener significación únicamente en tanto cuanto afectan a otros, cuando tienen una relación definida con los actos de los demás, esto es, cuando son actos sociales. Al hablar de libertad no hacemos más que caracterizar simplemente la relación de nuestros hechos con los hechos de otros; expresamos entonces que nuestra actividad no cohíbe la actividad de nadie. En las relaciones de hombre a hombre, tener libertad no significa de ningún modo estar investido del poder de dirigirlo; significa acrecentar el beneficio que envuelve la condición negativa de no ser dirigido por él.

Muchos dicen: «Está muy bien hablar de libertad perfecta para lo futuro, cuando los sentimientos altruistas se hayan desenvuelto y sobrepujado a los sentimientos egoístas y el interés de los hombres consista principalmente, como dice Spencer, en ser auxiliar de los demás. Pero con la actual condición humana y las complicadas relaciones de los intereses en conflicto, es preciso que la restricción, mejor que la libertad, continúe siendo la guía principal de la organización social».

La falacia que asoma en esas palabras es también debido a una errónea concepción de la libertad. No es ésta un sacrificio que se hace en beneficio de otros. No procede de los sentimientos altruistas, del apoyo mutuo, del hecho de ser ayudado. No hay ningún imperativo, haz para otros, etc., es el grito egoísta puro que desata, que aísla.

La definición de la libertad individual no es que cada uno pueda hacer lo que guste con la condición tácita o expresa de no molestar al vecino, sino que cada uno pueda abstenerse de hacer lo que no le plazca sin ninguna condición tácita o expresa.

Si la libertad individual fuera incompatible con la organización social, tanto peor para ésta.

Dejen sólo al individuo: no lo *constrían* en nombre de la sociedad a hacer lo que no necesita, y no tendrán ocasión de *reprimirla* por hacer lo que le es necesario. El fin de la sociedad es, hablando teleológicamente, el desenvolvimiento de la individualidad y no lo contraria. La organización social tiene únicamente en tanto cuanto sirve los propósitos individuales: tanto más completa su libertad, personal, tanto más sus fines son atendidos.

El anarquismo es la negación de la organización *forzosa*, no ciertamente de *toda* organización. No niega el carácter orgánico de la sociedad y por tanto el curso gradual de su desenvolvimiento. Pero reconocer un carácter orgánico en la sociedad no implica que sea un organismo en el sentido neto de la palabra, donde todos los órganos componentes esclavizados obedecen la voluntad de la autoridad central, el más alto *sensorium*. La organización política de la sociedad es totalmente biológica. La sociedad es una organización sin órganos especiales; está organizada solamente en virtud del hecho de hallarse los individuos en relaciones mutuas los unos con los otros. ¿Cuál es el carácter de estas relaciones mutuas? He aquí una cuestión enteramente política. ¿Cuál fue el curso de su desenvolvimiento? La ciencia política dará la respuesta. ¿Cuál deberá ser, o mejor, cuál habrá de ser el carácter de estas relaciones mutuas? El anarquismo enseña que habrá de ser *libertario*, que esas relaciones mutuas, esto es, la organización social, ha de

ser voluntaria y no forzosa.

El individuo no debe fidelidad a persona alguna o agrupación de personas. Es libre, perfectamente libre, de unir sus esfuerzos a los de sus semejantes para cualquier fin y como le plazca, o de permanecer aislado y *no participar* en el trabajo y beneficios de cualquier empresa social. El principio de la libertad individual es el derecho de secesión, el derecho a separarse de la organización política constituida, el derecho a *no hacer* lo que no le es necesario, el derecho a no conformarse con las decisiones de la mayoría; en resumen, el derecho a la absoluta posesión de su propia personalidad.

La idea del *arquismo*, el Estado, en todas sus manifestaciones y formas, se basa en la teoría de que una porción de la sociedad —una minoría en la forma oligárquica del Estado, una mayoría en la forma democrática— tiene el derecho de obligar a todo el resto a cumplir sus mandatos. Todas las formas de organización del Estado niegan en principio el derecho de sus miembros constituyentes a separarse, aisladamente o en grupo, de tal organización. Ningún Estado sufre la existencia, dentro de su jurisdicción, de cualquier otra organización política, independiente de su autoridad, para los gobernantes, nada hay más nocivo que «un Estado dentro de otro Estado». El anarquismo sostiene un punto de vista diametralmente opuesto al del Estado compulsor. Ahoga por la *elección individual* en lugar de la *ley de las mayorías*; por libertad de *no cumplir* los mandatos de la autoridad, más brevemente, por la organización *voluntaria* en lugar de la organización *forzosa*.

El anarquismo es todo eso, pero nada más. Y ello me lleva a hablar de otra falsa idea del anarquismo.

Se supone o afirma invariablemente que aquél presupone un sistema económico particular con el que se da la mano; que sin tal condición económica particular, el anarquismo es imposible, o bien que no prosperaría. Yo no hablo contra los anarquistas que prefieren el comunismo a la propiedad privada, o cualquier otro sistema como deseable condición económica *per se*; hablo solamente contra los que ven en uno u otro de esos sistemas económicos una *conditio sine qua non* del desenvolvimiento de la organización anarquista, lo que niega la *posibilidad* del anarquismo sin otro *ismo* suplementario. En este respecto, lo mismo los comunistas que los individualistas están igualmente equivocados. El argumento de los primeros es que el hombre no puede ser perfectamente libre en tanto cuanto no lo es de consumir cuanto necesita, así de los bienes de la tierra como de su parte en la producción. Y además que la igualización de las fortunas es de necesidad absoluta para la salvaguardia de la institución de la libertad.

El argumento de los individualistas, sostenedores de la propiedad privada, es que la comunidad es esencialmente una explotación de los fuertes por los débiles que, en primer lugar, va contra el progreso de la raza y, en general, merma la libertad de los más fuertes en favor de los más débiles.

A los argumentos de los comunistas respondería: No podrán seguramente bastante y perfectamente libres en este mundo, puesto que aun en el comunismo no se verán libres de todo cuidado y molestia; no se podrán ver libres de las enfermedades y de la muerte inevitable y de los males y dolores sin número de que el cuerpo y el espíritu humano son herederos. Es altamente dudoso que aun un comunista tenga una «voluntad libre» sobre sí mismo.

Ahora bien, yo no niego que sea deseable tener todas esas

clases de libertad, pero sí niego muy positivamente que sin ellas no podemos gozar de la libertad preconizada por los anarquistas. Recuérdese que la libertad de que trata el anarquismo es la libertad de *no hacer* socialmente lo que no se tiene necesidad de hacer, la libertad de *no ser constreñido* por cualquier organización a participar en cualquier empresa que uno mismo no haya

elegido. Esta es la libertad anarquista, por así decirlo, y ello es todo el anarquismo; el resto es cuestión de convenios o acuerdos voluntarios y circunstanciales.

Todo lo que el hombre necesita para mantener efectivamente su libertad no sometida a la autoridad, es, aparte la salud mental, la independencia económica posibilitada por la igualdad de condiciones para utilizar la tierra y los libres dones de la Naturaleza. Establecido esto y por medio de acuerdos mutuos en una organización voluntaria, el hombre puede vivir libre y feliz.

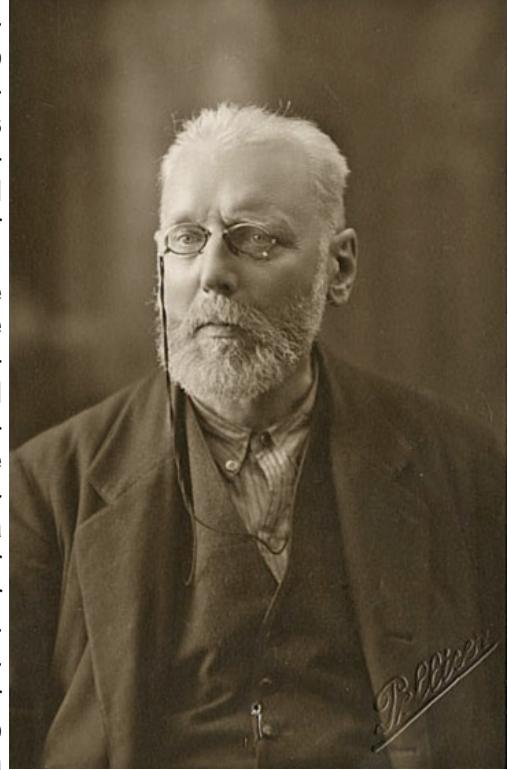
No es la igualdad de fortunas, sino la igualdad de medios lo que, añadido a la libertad, dará por resultado la fraternidad. Porque nunca hay riesgos de que los más fuertes y más frugales opriman a los más débiles y menos parcos, si aun los débiles y sin capacidad son bastante fuertes y hallan bastantes recursos en la igualdad de medios para permanecer aislados y ser libres.

Por otra parte, no hay lugar al temor que los individualistas manifiestan hacia el comunismo voluntariamente organizado y mutuamente convenido. No puede haber explotación en el mutualismo. Ningún hombre que no sea obligado a aceptar cualesquiera condiciones puede ser explotado; y ciertamente ningún anarquista ha pensado en forzar a nadie al comunismo. En cuanto al progreso de la raza, va ganando terreno de poco tiempo a esta parte la idea de que el apoyo mutuo, más bien que otra cosa, lo aumenta, y así no es necesario que nos quebremos la cabeza acerca de ello.

Además, contender por la universalidad de cualquier sistema económico especial implica una lamentable y falsa concepción de la naturaleza misma del progreso social. Las cosas seguirán en el provenir la línea de menor resistencia como invariablemente ha sucedido en lo pasado; pero ¿quién podrá señalar la línea que seguirán las multitudes necesidades humanas para obtener adecuada satisfacción?

Hay espacio suficiente para comunistas e individualistas juntos: tal es el anarquismo.

Max Nettlau





**SALTARE SUS REJAS DE GÉNERO, DE
CLASE, DE RAZA, DE PROCEDENCIA...
DERRIBARÉ TUS MUROS
POR UN MUNDO SIN PRESXS**